

Concurso regional de cuentos breves

150 años de la Defensa de Paysandú
200 años del Gobierno Artiguista de Purificación

Ramón Machado

Julio Villarreal

Luis Alonso

Guillermo Bertullo

Carlos Thomas



CENUR
Litoral Norte
Paysandú



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



BANDA ORIENTAL

Concurso regional de cuentos breves

150 años de la Defensa de Paysandú
200 años del Gobierno Artiguista de Purificación

Concurso regional de cuentos breves
150 años de la Defensa de Paysandú
200 años del Gobierno Artiguista de Purificación

Ramón Machado

Julio Villarreal

Ramón Machado

Luis Alonso

Guillermo Bertullo

Carlos Thomas



BANDA ORIENTAL

CENTRO UNIVERSITARIO REGIONAL
Litoral Norte
Sede Paysandú



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY

Corrección: Alfredo García
Diseño gráfico: Silvia Shablico
ISBN: 978-9974-1-0960-5

©

EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL S.R.L.
Gaboto 1582 – Tel.: 2408 3206 – 2401 0164 – Fax: 2409 8138
11.200 – Montevideo, Uruguay.
www.bandaoriental.com.uy
Queda hecho el depósito que marca la ley
Impreso en Uruguay – 2016

Fin de la noche

Ramón Machado

PRIMER PREMIO

Este cielo, así, enjambrado de estrellas y con esa grandota y blanca luna surcándolo despiadadamente, volvió a derrotarme una vez más. Siempre ha sido así: sucedió cada vez que estuve, como ahora lo estoy, recorriéndolo palmo a palmo y escuchando el mágico silencio de la noche.

Cielos como éste son para vivirlos en libertad plena. Si dispusiera de mi vida –aunque más no fuera por un rato–, seguro que andaría vagando por las inquietantes llanuras de esta banda o perdido en las hondas y umbrías soledades de algunos de sus montes.

Siempre ha sido así. No importó que estuviera en esta banda o que estuviera, como tantas veces, allá, en la banda oriental, con la Alicia Curú, o con cualquier otra mujer, festejando la carne bajo tanta luna y tanto cielo federativos. Siempre ha sido así, así como lo es ahora. Que me encuentre prisionero del capitán, estaqueado de pies y de manos, comido por las alimañas, asediado por la sed y el hambre y esperando a la muerte, no cambia para nada la cosa.

La maldita luna y el maldito cielo también me tienen atrapado y para peor ya perdí noción de los días que llevo sobrellevando este tormento.

Esta luna no tiene perdón.

Para aumentar mi desazón, en el campamento, alguien comenzó a rasguear una guitarra y su sonido se encarga de hacerme notar la enorme dimensión de mi derrota emocional. Pero yo, Juan Gallardo –el audaz domador cordobés, el macho más difamado y el más envidiado de las dos bandas del río–, les aclaro serenamente y al barrer, a esta luna, a este cielo y a este monte, que no me verán ni vencido ni humillado.

Hace un buen rato, apenas cayendo el sol –al igual que en todos estos días–, una patrulla a cargo del Capitán Francisco Ramírez se alejó del campamento y eso de nuevo me trajo mala espina. Es un mal bicho este capitancito.

La patrulla pasó rauda, a menos de veinte metros y como buscando el borde del monte. Entonces, entre el retumbar de los cascos y los bufidos de los caballos, alcancé a oír, otra vez, su burlona voz deseándome mucha suerte. –«Y, cuídate del yagareté»–, fue lo último que atinó a decirme el muy hijo de puta.

De verdad que yo no sé qué diablos le pasa conmigo a este fulano si, al fin y al cabo, es la primera vez que nuestras vidas se cruzan. Se notaba a las claras que aquel día había llegado al campamento chairado a más no poder. Sin embargo, bastó que le dieran el parte y que se enterara de mi presencia, para que, sobre el pucho, ordenara sacarme del calabozo y apersonármeme hecho una fiera para ponerse a espetarme –en plena plaza de armas, a boca de jarro, entre un rosario de supuestas acusaciones y en medio mismo de toda la soldadesca–, que abandoné «el sitio» en una carreta robada, con su carga robada, con sus bueyes robados, con una mujer robada, que además soy desertor del campamento de Purificación; que, años atrás, en tal población, había intentado enlazar –para llevármela en ancas–, a la joven y bella esposa del alcalde mientras ella miraba angelicalmente la calle desde el balcón de su casa. Y así siguió por un buen rato para terminar afirmando que el mismísimo general está furioso conmigo y que sólo espera tenerme a su disposición para desollarme con sus propias manos. Después, y sin más, ese capitán hijodeperra, ordenó que me abandonaran monte adentro y en algún claro, estaqueado con guascas de cuero crudo, bocarriba y semidesnudo...

Me dejaron a merced de las alimañas, del sol, del hambre, de la sed, y, de esta imperdonable luna.

El caudillo oriental, el general protector, me parece que es menos duro de lo que aparenta. Para mi gusto es bastante ingenuo si uno tiene en cuenta a esos peces gordos que andan rondando el protectorado. Más aún, creo que a su guerra hace tiempo que la tiene perdida. Dicen que me la tiene jurada desde que abandonamos el campamento con la Alicia Curú. Pero, así y todo, si algún día llegara a tenerme a mano y antes de desollarme me diera la oportunidad de hablarle, le diría de corazón que, perdido por perdido, pruebe en poner al mando de sus tropas a uno cualquiera de esos

caciques charrúas... No es por nada, pero, si de guerrear se trata, yo –que salí airoso en siete duelos a puro facón, que he aprendido un montón de cosas andando años y años a salto de matas y sobrellevado todo tipo de penurias y peligros entre indios, polleras y soldadescas–, preferiría mil veces ser dirigido por un charrúa antes que por el más encumbrado de sus oficiales. Además, creo que ya debería desconfiar del capitán Ramírez y del Estanislao López que son gente sin códigos, vidriosos, estaqueadores y capaces de matar a sus propias madres. Estos tipos nunca le serán fieles como el cacique Andresito –que conozco en persona–, o como Pedro Campbell, el pintoresco irlandés pelirrojo... Un día alguien comentó, en un fogón del campamento, que el irlandés fue antiguamente un curtidor de cueros y muchos largaron la carcajada. Lo cierto es que ahora es un hombre temible con el facón, un gran jinete y el más formidable de los corsarios que controlan el Uruguay y el Paraná...

Cinco veces –durante esa penosa retirada–, la Alicia Curú y yo, intentamos atravesar el inexpugnable y terrible cerco de los charrúas –que desde las sombras y sin que nadie lo sospechara, fueron los incondicionales protectores de la redota–, conocedores como ninguno de los montes, de los pasos, de los sangradores, de los pajonales, de las cuchillas y de los llanos...

¡La gran siete!, –nos decíamos con la Curú–, allá en el sitio, todos –sitiadores y sitiados–, estábamos sitiados por el hambre y aquí, en esta marcha, estamos sitiados por los charrúas, por los españoles, por los portugueses y también por estos desconfiados, mezquinos y calculadores porteños. Reptando como yararás en los bañados o acuclillados entre los pajonales, ella y yo, fuimos los obligados testigos de, por lo menos, tres cruentas escaramuzas que los charrúas libraron contra los portugueses y de otras tantas con las tropas españolas. En el paso del Daymán daba pena verlos morir a montones peleando, bravamente, como fieras acorraladas defendiendo a sus cachorros. También daba pena ver cómo la caballada, que es el orgullo del indiaje, era terriblemente diezmada por los cañones enemigos. Pensar que, allí en la redota, durante tantas y tantas jornadas todo fue paz y tranquilidad. Se engendraban hijos y sólo se moría por algún que otro achaque o de puro viejo nomás. Y, la gente nacía si había que nacer o moría si había que morir. No hubo heridos en batallas. Más aún: no hubo

ni siquiera la más mínima escaramuza que indicara a la gente que el caudillo aún seguía en guerra. Allí –la Curú y yo podemos dar fe–, la gente jamás se imaginó que, en realidad, la guadaña de la guerra anduvo rondando todo el tiempo esperando ese mágico momento que nunca se le dio.

Y, por suerte, nadie se imaginó jamás que yo no fuera un entusiasta del caudillo ni de la causa revolucionaria.

¿Quién iba a pensar que yo sólo quería llevarme a la Curú a la otra banda? Recuerdo que cuando corrió la noticia de que se venía nomás ese armisticio, cada cual supo de inmediato lo que tenía que hacer de acuerdo a sus conveniencias. Entonces yo sólo tuve que esperar el momento propicio para robarle una carreta a cualquiera de aquellos audaces y desesperados comerciantes que, noche a noche, abandonaban la plaza o el sitio y entraban a territorio enemigo para robar o comprar mercaderías robadas.

Todo salió redondito porque dos días antes de que se firmara ese bendito armisticio –que dejó a todo ese montón de gente harapienta, librada a su real suerte–, robé la carreta y subí en ella a la familia de la Curú –ella, sus tres hijos y su marido–, y, llegado el momento, rumbeamos también hacia el campamento del caudillo a orillas del río San José. Aquello fue algo grandioso. En pocas horas se formó un verdadero río de gente marchando hacia el caudillo. ¡La puta!: ni a la Curú ni a mí jamás se nos dio por sospechar que recién en Salto nos saldríamos con la nuestra y que desde el arranque mismo ya estábamos condenados a soportar de punta a punta todito ese durísimo peregrinar que la misma gente terminó bautizando como la redota.

Durante toda la mañana una pareja de pájaros carpinteros estuvo golpeteando tenazmente en el duro tronco del quebracho colorado que tengo enfrente y ya en pleno mediodía, cuando apretaba el sol y la sed comenzaba a devorarme, anduvieron, los zorzales, las urracas y un par de lagartos vichujeándolo todo. Atardeciendo fui testigo del rondar de caranchos en el cielo y de un constante y creciente peregrinar de torcazas y de pavas de monte volando raudas en pos de sus dormideros. Reconozco que todos esos bichos –cada cual a su manera–, me hicieron olvidar un poco del capitán, del yaguareté, de los tábanos y de mis labios resecos.

Los zorros han estado llamándose y acercándose desde entrada la noche. De rato en rato creo percibir sus pisadas y se me hace que siento patente el hedor de sus meadas. Si ellos están, es seguro que no anda el yaguareté. Entonces, por ahora, sólo habrá que soportar, los mosquitos, el rocío de la noche, la sed, el dolor de los ojos, de las articulaciones y de los huesos, y hacerse cruces para que a los zorros no se les dé por hacer alguna de las suyas.

Las voces y las risas de los soldados siguen sonando quedadamente allá a lo lejos en el campamento. Y esa guitarra fogonera parece eternizarse adrede contrapunteando con las misteriosas voces de la noche y con el fantástico coro de ranas y de grillos.

Siento como que algo anda cerca. Mi instinto no suele engañarme en estas ocasiones. Trato de preguntar a las penumbras escudriñándolas, como puedo, hacia delante y hacia los costados. ¡Yaguareté no es! Eso es una fija porque hasta hace un ratito nomás andaban los zorros.... Creo adivinar ojos brillando en la oscuridad. Sé —me repito—, que no puede ser el yaguareté porque los zorros se oían ahí nomás a pocos metros. De pronto, entre el relampaguear de los bichitos de luz, descubro una sombra —que se me antoja ser un zorro—, apareciendo por uno de los claros y en mi semiinconsciencia me permito respirar más aliviado. Detrás, en formación algo discontinua, aparecen una a una las restantes fantasmales sombras de la jauría. Poco a poco todas se van acercando en círculos cada vez más estrechos y ahora las siento roer las guascas. Cada tanto, entre el crujir de los colmillos en el cuero, me parece haber oído venir desde la profunda espesura del monte, ruido de pisadas y un suave relincho. Estoy muy cansado y somnoliento. Los solazos de las tardes y la sed que me atormenta, son los culpables de mi fiebre y de este perverso semidelirio que no sé desde cuándo se apoderó de mí.

El tironear de los zorros al masticar el cuero crudo provoca un suave balanceo que me adormece más y más. Pero me resisto al sueño porque el yaguareté tendrá que encontrarme bien despierto...

Tengo muchísimo sueño y no debo dejarme dormir. Me digo, una y otra vez, que si tuviera que ser el yaguareté que me encuentre despierto y bien dispuesto.

¡La gran puta! Me siento en un eterno dormir y despertar y algo me dice que así estoy desde hace un buen rato. Sé que, a pesar de

tanto esfuerzo, me dormí varias veces y que siempre me desperté con la risa burlona de los soldados y la bronca voz del maldito capitán Ramírez gritándome que me cuide del yagareté.

No puedo recordar en qué momento dejó de sonar esa guitarra y cuando fue que dejé de sentir el crujir de los colmillos de los zorros mascando las guascas...

Parece que los zorros son tus amigos, me dice la mujer del capitán.

—Se ve que han estado, por horas, mascando las guascas de las estacas... Un poco más y te liberan. Yo les terminé el trabajo. Tuve que sacudirte de lo lindo para que te despertaras...

La veo como a través de tinieblas pero siento que me envuelven su perfume y su calor y a la vez me convengo de que la fiebre, el dolor, el hambre, la sed y esa imperdonable luna, terminaron por enloquecerme. Entonces, una acuciante voz interior me plantea un absurdo dilema: «Deberás elegir entre morir por mujer o morir por yagareté».

La miro sin entender cabalmente lo que pasa. Es hermosa y está solidariamente vestida. Para peor, en este instante, se enloquecieron todos los grillos y todas las ranas del monte y la luna bajó presurosa y se puso a recorrerla palmo a palmo hasta acurrucarse deliberadamente entre sus jóvenes y provocativos senos.

—Me llevó casi tres días robar la maleta, algunos víveres, la cantimplora, el puñal y el caballo.

Muriendo el amanecer, estará de regreso la cuadrilla...pero, aún falta un mundo para que eso suceda.

Elijo morir por mujer, fue lo único que pude decir.

La asamblea

Julio Villarreal

SEGUNDO PREMIO

El Sindicato de Pelotas Unidas del Mundo (PUM) estaba reunido en el Club Centro Social Pelotaris. Allí las pelotas del mundo y de todas las disciplinas realizarían una Asamblea Extraordinaria. Los puntos a tratar, además de la lectura del acta anterior, eran primordialmente elaborar un documento sobre el maltrato y discriminación e iniciar un juicio por calumnias infundadas. Pero además se realizaría un homenaje a la primera pelota usada por los humanos para un juego.

El presidente del PUM dio inicio a la asamblea, agradeciendo la presencia multitudinaria de pelotas venidas de todas partes del mundo. Estaban las de trapo, goma, plástico, cuero, sintéticas. Las había de ping pong, basquetbol, futbol, tenis, frontón y varias disciplinas más.

—¡Compañero/as! Agradezco la presencia de todos ustedes. Estamos aquí reunidos, para decidir en asamblea soberana qué pasos vamos a seguir ante la forma en que somos tratadas, en todos los ámbitos del deporte. Pero antes de entrar a debatir sobre el tema, le doy la palabra al secretario, que dará lectura al acta de la asamblea anterior.

El secretario —una pelota de cuero con piripiche— se ajustó los anteojos, carraspeó y empezó a leer el acta. En ella se hablaba del derecho a la jubilación, atención médica y seguro de enfermedad. Postulados de larga data, que embanderaban la lucha del PUM.

Leída el acta y después de aprobada, el presidente dijo:

—Antes de pasar al tema central del día, estimo conveniente realizar el homenaje a la primera pelota usada por el ser humano —y señalando hacia su derecha un panel iluminado, tapado con

una tela—, he ahí en forma simbólica nuestro humilde homenaje a la ¡Primera pelota del mundo!

Dicho esto se apagaron las luces de la sala, quedando iluminado solo el sector del panel. Por los altoparlantes se escuchó una música de fondo y el presidente retiró la tela. Un ¡oohhh! se escuchó en el recinto. Sobre un pedestal de madera, un cráneo humano los observaba con sus órbitas vacías.

—Aquí tienen ustedes a nuestra antecesora, que ha quedado por el camino al igual que muchas de nosotras. El avance de la ciencia, que estudia nuestro comportamiento, debió solucionar los problemas que ocasionaba este tipo de balón. Sin dudas el primero es que costó muchas cabezas. El segundo fue que como se jugaba descalzo, muchas veces los pies eran «mordidos» por el balón y otras el dedo gordo quedaba incrustado dentro de una de sus órbitas. Allí el jugador se metía con pelota y todo en el arco. Pero generalmente el goleador era sustituido con un dedo menos, al pretender el rival sacar rápido. Ese y otros inconvenientes muy largos de detallar, hicieron que fuera sustituida. Propongo un fuerte aplauso para nuestra antecesora.

Los asambleístas aplaudieron de pie.

—Ahora pasamos al tema central del día: «Elaboración documento contra el maltrato, la discriminación y las calumnias de que eran objeto de un tiempo a esta parte». Señores, ustedes tienen la palabra.

Varias pelotas levantaron la mano, originándose un revuelo y murmullos entre ellas. El presidente hizo sonar un silbato y volvió el silencio. Es que las pelotas temían y respetaban mucho ese sonido.

—¡Orden en la sala! El secretario ya tiene la lista y el orden de los oradores. Así que les ruego mantengan el orden en la sala.

—Tiene la palabra Pelota de Trapo —dijo el secretario.

Pelota de Trapo se tomó su tiempo mientras trataba de acomodarse en el asiento, pues su cuerpo deforme no encontraba acomodo.

—Señores asambleístas, vengo en representación de las pelotas de trapo. Estamos siendo olvidadas, ya los niños no juegan con nosotras y no solo eso. Los materiales que hoy se utilizan, hacen prácticamente imposible que construyan más de nosotras. Antes

éramos las más económicas, fácil de hacer e impredecibles a la hora de jugar. Hoy apenas si algunos viejitos que peinan canas nos nombran. Y la culpa de todo esto la tienen la globalización y el consumismo.

Se oyeron varios murmullos de desaprobación y unos rebotes nerviosos. Nuevamente el presidente hizo sonar el silbato, exclamando:

–¡Orden en la sala! ¡Por favor Pelota de Ping-Pong, déjese de rebotar y tome asiento!

–Perdone, señor presidente, es que estaba pidiendo la palabra y como no me veían porque estaba sentada detrás de Pelota de Basquetbol, salté y ahora no puedo dejar de picar.

–¡Sujétenla! –dijo el presidente–. ¡Y usted, Pelota Sintética, deje de sonreír y murmurar a espaldas de Pelota de Trapo! ¡Exijo respeto! Debemos dar el ejemplo, ser tolerantes entre nosotros, ¡vamos a dar el ejemplo! ¿Qué podemos esperar de los demás si no nos comportamos como pelotas civilizadas? ¿Terminó su exposición, Pelota de Trapo?

–Sí, señor presidente. Tendría muchas cosas más que decir, pero la emoción me embarga y las lágrimas me humedecen el cuerpo.

–Tiene la palabra Pelota de Goma.

–A nosotras nos pasa algo parecido que a la pelotas de trapo. Antes los niños jugaban el arco a arco, con el pie o la cabeza, en la tierra o en el agua, porque sabemos nadar muy bien. ¡No como otras pelotas, que se mojan un poco y se hunden o se deforman!....

Nuevos murmullos de desaprobación se escucharon en la sala y nuevamente el presidente debió poner orden en la sala haciendo sonar su silbato.

–¡Orden en la sala, señoras pelotas! Y usted, Pelota de Goma, respete a los demás integrantes de esta asamblea. Yo, como Pelota de Playa, que sé nadar mejor que usted, no soy tan dañina y no causo los moretones cuando golpeo a alguien, me jacto de ello. Así que no se salga del tema del orden del día. ¿Tiene algo más para agregar al respecto?

–No, señor presidente –dijo Pelota de Goma, visiblemente arrepentida.

–Tiene la palabra Pelota de Tenis.

–Señor presidente, señores asambleístas. Nuestro caso es muy grave, somos víctimas de maltrato de continuo. Cada vez nos pegan más fuerte con esas raquetas tipo red bien tensada, la velocidad a la cual que nos desplazamos es muy grande y cuando nos queremos acomodar para caer lo mejor posible ¡nos pegan de vuelta! Y ahí vamos de un lado a otro, derecho, con comba y todavía en cada saque nos hacen botar contra el suelo varias veces. Además sufrimos de claustrofobia dentro de los bolsillos y ya no sabemos qué es mejor, si quedarnos ahí adentro o salir y ser golpeadas.

–¡Ja! ¡Y ustedes se quejan de eso! Y a nosotras, que nos revientan contra un frontón.

–Ah y se quejan por tan poco, a nosotros nos hacen rebotar contra el piso y después nos tiran para arriba y vienen unos negros grandotes y nos hunden en el aro.

–¡Ja ja! Esas son paparruchas –saltó Pelota de Fútbol–. Y a nosotras, que nos agarran a patadas, nos pegan cada boleo en el trasero y ni les cuento en las trancadas. ¿Saben lo que es ver venirse a un montón de locos y una no tener dónde esconderse? Lo único que nos queda es esquivarlos, así se pegan entre ellos. Pero uno esquiva a uno o a otro, pero a la larga o a la corta la liga. Y para colmo todavía están los comentaristas o relatores del partido, que nos culpan de todo. «!Tiróoo! y la pelota se fue desviada, lejos del arco!», «La pelota en la altura va derecho, no agarra comba», «La pelota dio en el palo y en el rebote el delantero no le pudo dar». Todavía pretenden que nos revienten contra un palo, que no es tal porque son de hierro y quieren que una se brinde y les diga: «Aquí estoy, péguenme otra vez, eso no me dolió». Por suerte a veces logramos noquear a alguno, pegándole en la cara, en el estómago o las partes bajas.

–Terminó Pelota de Fútbol, les pido por favor que no interrumpen a la compañera que tiene la palabra, respeten el orden. ¿Algo más que decir, Pelota de Tenis?

–No, señor presidente.

Luego continuó el debate, donde cada representante de las pelotas hizo uso de la palabra. Expusieron sus problemas las pelotas de handball, Voleibol, Tenis de Mesa y Ping Pong, entre otras. Luego el presidente pidió que se votara una moción de orden de

que el tema estuvo suficientemente debatido para poder llegar a una resolución de la asamblea sobre el tema.

—Señores, escucho mociones sobre las medidas a adoptar sobre estos temas que hemos puesto sobre la mesa.

Se escucharon varias mociones. El tema era muy difícil, porque las disciplinas eran distintas y había que lograr un consenso.

Moción de Pelota de Trapo: —Que todas las pelotas se recubran de trapos, así amortiguarían los golpes y al no flotar no serían usadas en el agua.

De pronto los asambleístas escucharon un ¡puff!

Todos se dieron vuelta al unísono, para ver quién había lanzado esa especie de suspiro o quejido. Pero no vieron a nadie.

Nuevamente se reanudaron las alocuciones. Pelota Sintética presumía de sus habilidades y estética. Poseedora de mucho colorido, coqueta, sabía de la impresión que causaba en el resto de sus congéneres. Decía:

—Mire si voy a envolver mi escultural figura en trapos zaparrastrosos y hediondos. Sepan que las Pelotas de Trapo siempre llevan medias de nylon viejas. Además son difíciles de lavar. En cambio mírenme a mí, reluciente, rozagante... ¡Piiiiffff!

Pelota Sintética se desinfló de golpe, pinchada por Pelota de Trapo con una espina que llevaba entre sus harapos.

—¡Esto es para que aprendas! ¡Cómo te ves ahora desinflada! ¡Donde está tu prestancia! ¡Quédate con tu colorido superficial! ¡Pelota descartable!

Entre varios tuvieron que sujetar a Pelota de Trapo para que no siguiera pisoteando a Pelota Sintética, que lloraba desconsoladamente al ver su figura deformada.

Nuevamente se escuchó el silbato desde la mesa. Volvió el silencio y nuevamente se escuchó «¡Puff!». Esta vez Pelota de básquetbol se percató de que el sonido provenía de abajo de sí misma. Todos la miraban y se tapaban la nariz. Rápidamente se atajó

—¡No fui yo! ¡No es lo que piensan! El sonido proviene de mi asiento.

Allí todos pudieron ver que Pelota de Básquetbol se había sentado sobre un Puff, que cansado de soportar el peso se quejaba: «¡Puff! ¡Puff!».

El presidente le preguntó qué hacía allí en la asamblea del PUM, a lo que el Puff contestó:

–Es que no sé en qué categoría estoy, me parezco a una pelota pero no soy pelota. Aunque a veces los niños juegan conmigo como si lo fuera. Me deformato como las pelotas de trapo, ruedo como todas ustedes, ¡pero no soy pelota!

–Está bien. ¿Y qué cree que podemos hacer por usted?

–Más bien diría qué podría hacer yo por ustedes.

–¿Qué dice? ¿Tanto maltrato le ha afectado su relleno? –Escuchen. Si nosotros las sustituimos por un tiempo, se verán libres de todos los maltratos e injurias que reciben. Se imaginan cuando intenten jugar con nosotros al ping pong, al tenis, tratar de meternos dentro de un aro o intentar patearnos para hacer algún gol. Entonces mi propuesta concreta es que hagan un paro por tiempo indeterminado de Pelotas caídas.

El silencio siguió a las palabras del Puff, hasta que de pronto al unísono, las Pelotas exclamaron:

¡Síii! ¡Es cierto, hagamos un paro de Pelotas caídas! ¡Viva el Puff!!! ¡Las PUM unidas con los Puff, jamás serán vencidas!

Todas la Pelotas salieron del salón enarbolando pancartas. Y cuando sus gritos de protesta se apagaron a lo lejos, se escuchó:

!Puff! ¡Al fin se fue esa manga de locas!

Carta al amanecer

Ramón Machado

TERCER PREMIO

Por el cantar de los gallos supo que estaba amaneciendo.

Descontando la guardia y los mismos perros trasnochadores de siempre, todo el campamento dormía.

–Amanece –se dijo– y yo aún no he podido conciliar el sueño.

Necesitaba dormir pues la jornada anterior había sido agotadora.

El primer chasque llegó en plena madrugada y luego –como si se hubiesen puesto de acuerdo–, fueron llegando, uno tras otro, durante todo el correr de la mañana y hasta bien entrada la noche. Llegaban cansados, somnolientos y abrumados por el hambre y la sed. Muchos de ellos eran portadores de asuntos de extrema urgencia que fueron tratados y despachados en el correr del día. Además, había llegado el escocés Robertson, quien le entregó una carta del capitán Percy. Entre mate y mate, entre chasque que salía y chasque que llegaba, el comerciante poco a poco le había ido contando, a su modo, el montón de cosas que él ya sabía: Hereñú, el caudillo entrerriano, le secuestró el barco con todo el cargamento, le confiscó hasta la ropa de uso personal y lo encarceló.

El escocés se había pasado el día entero en la tienda, codeándose familiarmente con sus oficiales y con los furtivos chasques y observándolo todo con una mezcla de asombro y de ironía.

Por un buen rato no pudo sacarse de la cabeza a ese inconsciente o temerario comerciante que se había adentrado tan angelicalmente en los vastos y peligrosos territorios del protectorado... Menos mal –se dijo– que ese caudillo indisciplinado y mal arriado se contentó con tenerlo preso mientras decidía qué hacer con él. No sabe este cristiano todo lo cerquita que estuvo de perder la vida...

Después repasó mentalmente las tareas por delante: decidir el momento justo en que debería reunir a sus oficiales para intercambiar pareceres, tomar decisiones acertadas cada vez que los chasques eran portadores de noticias o de asuntos importantes, delinear, ratificar o rectificar estrategias después de haber recibido a un comerciante o a un embajador. En general –se dijo–, estos embajadores suelen ser personas audaces, crueles, soberbias e hipócritas.

Tendría que darse tiempo para encarar cuestiones que hacían a la diaria convivencia en aquellas condiciones –por lo general– de extrema miseria: los víveres, el taller para reparar armas, el mantenimiento de las carretas, la educación y la salud, y –como si todo eso fuera poco–, estar siempre alerta para combatir los desmanes y prevenir las epidemias...

Miró a Melchora. La brava lancera dormía apaciguada y tierna luego de haberle dejado apenas un poquito –la raspa, nomás– del mejor de los cansancios: el cansancio físico. A todos sus demás cansancios, ella los ahuyentó con la contundente magia que brotaba de su fuego y del inagotable caudal de su ternura. La atrevida luna acariciaba sus cabellos, sus senos, su cuello, sus caderas, sus lunares, sus cicatrices... Esta luna inconsciente no sabe con quién se está metiendo –se dijo mientras lo invadía una tremenda necesidad de borrar todas y cada una de aquellas manchas de luna a fuerza de caricias y de besos a la vez que sentía crecer nuevamente y a borbotones el salvaje y urgente llamado del deseo. Pero, sin saber por qué, se levantó sigilosamente, se vistió y, luego de cubrir con la vieja y pelada morita a su indomable compañera, abandonó el rancho perseguido por una rara y renovada sensación de soledad y de cansancio. Miró a la luna y se sonrió complacido. Su caballo, desde el palenque, lo miró y resopló ruidosamente. Lo ensilló, montó y se metió en la noche. Cacique, el perro cimarrón del paisano Hornero, lo acompañó en silencio e indiferente a los demás perros que, desde los ranchos y desde los toldos, salían a darles la bienvenida. Conocía a cada uno de ellos por sus nombres y conocía a sus dueños, a las mujeres, a los hijos, a los nietos, a los bisnietos, a los padres y a los abuelos de sus dueños. En su mayoría se trataba de antiguos esclavos huidos de sus dueños –soldados que en la batalla eran tan arrojados e indomables como

todo el indiaje—, de indios inquebrantables en su voluntad de no someterse y del paisanaje más pobre.

—Esta es tu gente, la gente —le había dicho más de una vez Melchora—, que no te va a traicionar jamás, la que no te abandonará... Para ellos serás siempre la razón de vivir, la esperanza y la fe en esa justicia que les enseñaste a soñar...

La primera estrella —qué raro, se dijo, esta no tendría que ser la primera estrella— se clavó allá muy abajo en el río y se puso a descifrar el misterio de su sonrisa. No es nada —se disculpó—, fue apenas una travesura de un curtido y veterano combatiente que por un momento olvidó que, desde no sabe muy bien cuándo, se debe a su pueblo y se dejó invadir voluntariamente por la imagen de una feroz y tierna guerrera de hechiceros ojos...

Sintió casi a su lado el levisimo crujir del pastizal, un algo parecido al acechante paso del yaguareté hambriento. Después sintió cómo los dedos de Melchora subían desde su nuca, entretejiéndose maternalmente en su enredada melena.

—¿Te das cuenta? —le dijo como continuando una frase que hubiera quedado inconclusa—, ellos piensan que yo les enseñé a soñar y yo creo que, en realidad, fueron ellos los artífices de este sueño que me desvela.

—¿Sabes? —susurró ella—, soñé que me llamabas y vine. Por el camino, en cada uno de sus charcos, fui encontrando lunas que intentaron demorarme aduciendo que tenían urgencias de hablarme de vos. Pero un raro imperativo me impulsaba y no les permití que me cortaran el paso con ninguna de sus inocentes patrañas...

Giró la cabeza para buscar la puntiaguda transparencia de aquellos ojos y la dulce sonrisa de aquellos labios tan queridos y solo vio, allá, entre las penumbras, las vagas siluetas de los ranchos y de los toldos. Por si acaso miró hacia el lugar en donde pastaba su caballo. Allí, a pocos metros de su pingo, casi rozando el viejo tala, pastaba el lunarejo de la Melchora. Su pequeño movimiento alertó al cimarrón, que se le acercó para echarse junto a él, en el borde mismo de la barranca. Este perro —recordó—, al igual que todos los perros del campamento, siempre andaba oliendo a zorrino, pero, un día a Melchora se le dio por traer al rancho ese zorrinito que aún era de teta y ahí nomás se nos terminó el feroz

cimarrón exterminador de zorrinos y nos empezó a crecer este cimarrón mezcla de padre y de compañero...

Creo que se vienen días muy difíciles. Las noticias sobre traiciones, desmanes, desobediencias y renunciaciones, tanto las provenientes de esta banda como las del resto de la federación, son cada vez más desalentadoras y más frecuentes. Tendré que tener mano dura y, a mi pesar, ser extremadamente cruel... Pensó en futuras deslealtades posibles y por un rato creyó sentirse solo...

El cimarrón se acurrucó apretadito al recado y su caballo, libre de aperos, comenzó a pastar.

Las luciérnagas jugaban a confundirse con las estrellas y el río, allá abajo, crecía y crecía.

—¿Para qué me trajiste esta vez? —le preguntó al río, a ese turbulento amigo que vivía empeñado en unir a los pueblos. ¿Acaso estás disconforme con mis bravos corsarios? ¿Acaso tampoco puedo confiar en ellos? ¿Acaso ellos no son el azote del Directorio porteño, de los españoles y de los portugueses? ¿Entonces?...

Por unos segundos pensó en Andresito. Luego recordó a Campbell, el bravo y pintoresco irlandés. Es rudo —se dijo—, leal, derecho, valiente y está convirtiéndose en un ser invencible tanto en agua como en tierra...

Recordó cómo fue que él había aprendido a pasarse horas y horas mirando el turbulento y misterioso pasar de aquellas aguas: al principio fue la necesidad de tomar un poco de distancia de las cosas cotidianas del campamento, después, fueron otras las cosas y, al final, aquello se convirtió en costumbre...

Esta lucha nuestra suele tener sus vaivenes: de pronto, en un instante preciso, el futuro de la Federación se nos muestra con un contorno y una transparencia que hasta llega a dolernos y al siguiente instante se nos presenta incierto, brumoso, inquietante...

Pensó que, posiblemente, él más que nadie —allí, en Purificación— necesitaba hartarse de río y de lejanías; que él, más que nadie, necesitaba estar ahí horas y horas atisbando el insondable horizonte más allá del propio río, más allá, en las misteriosas profundidades de las verdes y apenas onduladas llanuras entrerrianas, tratando de descubrir la clave que le permitiera remontar con su pueblo el cotidiano y brioso caudal de renunciaciones, de artimañas, de traiciones, de pactos oscuros y de componendas más oscuras aún.

—¿Qué será —preguntó a la noche—, del sueño de la Patria Grande, qué será de toda esta tierra de héroes de corazones simples, si llegaran a vencernos?

Se sonrió sin saberlo, cuando el recuerdo de Melchora (la mujer tierna para amar, la guerrera indomable, la brava, la invencible e incansable lancera que sabía el secreto de todos sus cansancios; la dueña absoluta de toda la única magia necesaria para borrarle cada uno de sus cansancios, la compañera que le decía desde la fogata de sus ojos que solo podía quererlo mientras lo sintiera en el corazón de su gente y en el mismísimo corazón de la lucha de su pueblo, la que no permitiría ni perdonaría desfallecimientos ni traiciones) comenzó a fabricarse en su pecho el acostumbrado pequeño lugarcito en donde acurrucarse a descansar...

Se olvidó del cimarrón y miró hacia abajo. Allá, lejos aún, el Uruguay bramaba encrespado y seguía trepando, seguro y palmo a palmo, por la meseta. De pronto comenzó a acercarse rápidamente y vio que le traía todas sus estrellas y —por ahora— una rara, blanquísima y seria luna federativa. Esta —se dijo—, es la luna de las guitarras fogoneras, la luna navegante de cielos, de pastizales, de colinas, de montes y de ríos... ¿Quién cantará toda esta luna, todo este cielo y todo este río en los tiempos futuros?... ¿Quién tendrá la dicha de enfrentar tanto horizonte...

Volvió a pensar en su gente, en su pueblo: harapiento, inocente, duro, tierno, sufrido, noble.

Es ignorante —se dijo—, pero en ocasiones, es el dueño de una sabiduría a prueba de cualquier realidad por más dura y complicada que sea...

Por el cielo cruzó una estrella fugaz y a él se le cruzó por el pensamiento la juguetona idea de que posiblemente ellos, los más infelices de su tierra, en sus instantes de aislamiento y de meditación, lo imaginarían siempre imaginándose futuros nuevos, planificando tareas, construyendo y memorizando atinados y necesarios reglamentos, elaborando concienzudos proyectos para fundar y construir codo a codo, palmo a palmo y en todo el Protectorado, ese futuro sin cadenas que él día a día les enseñó a soñar...

Ahora, sube y sube el río y las aguas comienzan a salpicar su rostro. Una rama, o tal vez una hoja, le acaricia suavemente los

labios. Se despierta y descubre que es Melchora quien lo está recorriendo...

Están en el suelo, tirados sobre jergones y ella, como siempre, lo defiende con aquellas dos temibles lanzas de sus ojos...

El aire tiene olor a zorrino.

Desde lejos llegan los gritos de los teros, el canto de los gallos y los ladridos de los perros.

Desde los matorrales cercanos llegan relinchos y resoplidos.

Qué cosa rara –se dijo entre dormido y despierto–, no puedo reconocer a ninguno de esos perros ni a ninguno de esos gallos...

Entonces se despertó definitivamente.

Comprendió que había estado soñando, que se había quedado dormido de bruces sobre aquella destartalada mesa mientras pensaba la última carta a Santiago, el menor de sus hijos.

Era el final de la lucha y él estaba a punto de abandonar para siempre la provincia oriental.

Sin lugar a dudas, ese era el final.

Estiró la mano y al tomar el papel descubrió que, por primera vez, le temblaba el pulso.

Se tomó su tiempo y luego leyó: «Mandisoví, 1 de octubre de 1819».

El zambo aguatero

Luis Alonso
MENCIÓN

El zambo Genaro nació allá por 1844. Su madre, una india paraguaya, y su padre, un negro liberto que hacía lo que le permitía la necesidad, se afincaron en los alrededores del puerto de Paysandú a mediados de 1845.

Allí el negro trabajaba en la descarga de los vapores y otras actividades no tan regulares, y la india hacía lo suyo lavando en las costa a cambio de monedas.

Para fines de ese mismo año, una mala racha los tocó, el agua mala afectó a la mayoría en el rancharío donde ellos vivían; la india llevó la peor parte, quizá por su extrema flacura, y murió a los pocos días de enfermar, consumida por la fiebre.

En ese momento, para que Genaro no corriera una suerte similar, su padre prefirió dejarlo en mejores manos, según su parecer.

Subiendo por la empinada calle principal, llegó hasta la esquina de la Iglesia, allí buscó la casa de una de las matronas de la ciudad, aquella que llamaban «la correntina» o «misia salvarreos», de apellido Marote.

Sabiendo que esta ayudaba a los pobres y necesitados, y sin duda encontraría un lugar donde criar a su hijo, cosa que él no podía hacer.

Allí fue la primera vez que «la correntina» intercedió por la vida de este negro.

Ese mismo día, el niño fue entregado a una negra esclava, de nombre Maule, a la cual doña Marote le había dado ciertas concesiones por los años que llevaba con ella.

Finalmente resolvió que la negra se hiciera cargo de criarlo como de ella, cosa que alegró a la pobre mujer, pues no podía

tener hijos, mas solo tuvo un «ta ama», y se llevó al gurí para una de las piezas del otro lado del patio, donde vivía junto con el resto de la servidumbre.

Paso poco más de un año sin mayores novedades para el zambo. Este fue creciendo fuerte y sano, ya caminaba por toda la casa, siendo una pesadilla para la «mama negra», como él llamaba a la negra Maule, pues tenía que estar corriendo detrás suyo, por toda la casa, para evitar que se tropezara con su ama.

Sobre fines de aquel 1846 nefasto, la ciudad se encontraba convulsionada por un nuevo sitio, con el enfrentamiento militar resultante.

El gurí estaba totalmente desorientado, no había lugar a juegos con su «mama negra» ni con ninguno de los que con ella trabajaban, todos corrían de un lado para otro, se oían gritos y más de una vez se metían en el húmedo sótano por miedo a los cañonazos que silbaban y caían dentro del cuadrilátero defensivo de la ciudad, donde la casa de doña Marote hacía de vértice sureste.

Así pasaron varios días sin que le pusieran más atención que la extremadamente necesaria.

Una tarde aciaga de ese diciembre, después de ver un voraz incendio que consumía los ranchos de paja vecinos, con los ojos llorosos por el humo, se fue a refugiar en las polleras de su «mama negra», la cual oficiaba de enfermera, atendiendo heridos de esta guerra, en una de las piezas centrales de la casa, que en esos días se había convertido en un hospital de sangre obligado, ya que la «correntina» hacia traer desde las trincheras a los heridos para poder darles atención.

Cuando llegó la noche, los mercenarios del bando invasor llegaron hasta esta casa, saqueando y pasando a degüello a quien se les interponía. Cuando estuvieron frente a la pieza donde estaba Genaro con su «mama negra» y un grupo de militares de la defensa heridos al que esta atendía, solo la providencia hizo que doña Marote llegara en el momento justo para interponerse entre estos y los vándalos saqueadores, ya que se plantó en la puerta de aquella habitación con su hija, impidiendo un trágico final.

Ella solicitó respeto y honor por los que allí estaban indefensos, entre ellos Genaro, salvando así, por segunda vez, la vida al zambo, ya que al despuntar el alba del día siguiente los únicos sobrevi-

vientes en la casa de Marote eran ella, su hija y las personas que estaban en aquella habitación. El resto del personal, los heridos y hasta los perros fueron pasados a degüello.

Después de estos sucesos violentos, vuelve la paz nuevamente a la ciudad, con una estabilidad política frágil, pero dejando hacer, y así la querida Paysandú fue siendo reconstruida con esfuerzo.

Se vivió una recuperación comercial y también de su vida social durante los próximos doce años. En ese tiempo el zambo disfrutó de su infancia y entró en la adolescencia creciendo fuerte y diligente, junto a su «mama negra» y la protectora blanca, doña Manuela.

Cuando cumplió los quince comenzó a trabajar como aguatero, tarea que se le había adjudicado para ayudar en la casa de forma efectiva.

Para fines de 1864 las cosas se volvieron a convulsionar y Paysandú es sitiada por el general Flores con el apoyo de brasileros y argentinos que, arengados por otros caudillos disidentes, llevarán adelante una batalla desigual con los defensores de esta ciudad defendida por el general Leandro Gómez en su calidad de comandante en jefe de la plaza.

El general Gómez, sabiendo el incondicional compromiso de doña Marote le encomienda la difícil tarea de averiguar quiénes están pasando información al enemigo de los movimientos dentro de la ciudad.

Ese mismo día, y sin saber de este pedido por parte del general a doña Marote, Genaro se presenta ante ella y le solicita que le diga qué hacer, porque ya no es un gurí, entiende que tiene el derecho de defender su suelo como cualquier hombre de los que están allí peleando.

Doña Manuela no duda un instante en aprovechar este pedido, lo instruye en qué hacer y lo manda a vigilar con mucha cautela las costas del arroyo de la Curtiembre, pues para ella es el punto al norte del puerto donde van los traidores a pasar información.

Le impone a Genaro esta tarea, no solo por ser de su total confianza, sino porque conoce la costa del río como la palma de su mano, en particular esa zona que se encuentra entre sus campos y la ciudad, y el zambo ha recorrido desde siempre.

Durante muchas noches va tras las líneas el zambo y recorre la costa sin ser visto por ninguno de los dos bandos. Antes de amanecer retorna a la casa e informa, sin mayor novedad.

Finalmente, sobre la medianoche, estando vigilante en la costa del monte al norte del puerto, ve arrimarse en forma sigilosa, hacia la boca del arroyo de la Curtiembre, una figura que reconoce inmediatamente. Era otro aguatero, el negro Manuel González, apodado «tío Cojinillo».

Genaro lo sigue a una distancia prudencial y descubre que fue a encontrarse con un grupo de sitiadores junto a la costa de aquel arroyo.

Después de un rato el traidor se vuelve sobre sus pasos, regresando por una pasada libre que hay en la cañada honda, a unas diez cuadras del comando de operaciones de la plaza.

Cuando enfrenta las primeras barricadas, Genaro da la voz de alerta, gritando «¡Traidor, ahí va el traidor!», y lo persigue de cerca.

Finalmente le da alcance y en ese momento aparece un grupo de milicianos defensores y apresa a ambos, sin distinguir quién es enemigo. De hecho ambos habían violado el toque de queda impuesto y su castigo en época de guerra es la muerte.

Son llevados con celeridad abrumadora frente al cabo de cuarto, el cual escucha a ambos. Uno acusaba al otro y ante la incertidumbre decide encarcelar a los dos y pedirles a sus superiores que resuelvan.

Son notificados y sin mediar alegatos resuelven que al amanecer se hará efectiva la ejecución para evitar dudas y ejemplarizar a los otros posibles traidores.

Ante esto, Genaro suplica a uno de los comandantes ahí presentes que él es patriota y que estaba cumpliendo la tarea que doña Marote le había encomendado.

Por otro lado el comandante Barrios y los hermanos Warnes piden por la vida del otro apresado, destacando sus excepcionales dotes de artillero.

Esta suerte de pedidos y resguardos motiva el llamado a Leandro Gómez, para que tengan el justo castigo o reconocimiento, según lo entienda.

Para eso, él decide escuchar de sus propias palabras lo que estaban haciendo fuera de la plaza.

Después de escucharlos, solicita primeramente que vayan a buscar a su colaboradora y amiga, doña Manuela.

Ese día, cuando despuntaba el alba, ella ya estaba organizando la llevada de agua y alimento a los defensores del sitio, cuando el cabo de cuarto se presentó y le pidió que la acompañara a hablar con su comandante, Leandro Gómez, sin mayor protocolo.

Después de hablar un rato, doña Manuela y el general hacen liberar a Genaro y le piden que les relate sin interrupción lo que había visto esa noche cuando vigilaba.

Una vez concluido el relato, el general Leandro Gómez manda a llamar a los demás comandantes y les informa que Genaro no solo no es un traidor, sino que es un valiente defensor y le otorga el grado de cabo en el mismo momento, confiándole además la misma tarea que estaba llevando adelante a pedido de doña Marote.

A su vez y dada la necesidad perdona la vida del negro Rodríguez, con la sola condición de que use sus dotes de artillero contra sus correligionarios y solo 12 cuartas de cadena al pie como toda libertad posible.

Dentro de estos sucesos, Genaro comprende que, aun con motivos especiales «la correntina» le ha salvado la vida por tercera vez.

A partir de ese momento discierne que los motivos de su salvación han sido siempre por grandes muestras de heroísmo y sacrificio, al igual que esta ciudad que ha vivido tres sitios y mantiene su heroísmo y sacrificio a toda prueba.

Desde esa mañana particular resuelve cambiar su nombre. No más Genaro, ahora será Sandú.

La libertad ha muerto

Guillermo Bertullo Santillán

MENCIÓN

Ese aroma a azufre penetraba en cada uno de sus poros. Era un todo, el olor picante y el polvo que insistía en no dejarlo respirar. Algunos vivaban cuando un proyectil aullaba viniendo desde la colina o el puerto. Poco podían hacer para responderles, por eso gritaban consignas burlescas, como diciéndoles: –¡Tírame otro que me erraste!

El imperio del Brasil, con pocos años de vida pero pujante y con ganas de ganar más espacios en el mundo, empezaba a pisar firme. Aquel pequeño emperador que recibiera a sus cinco años los poderes de su investidura, hoy, con más de treinta años ya se había enfrentado a la poderosa Inglaterra, saliendo airoso de una escaramuza diplomática. También como Estado soberano debía luchar por hacerse reconocer en el mundo y previamente tuvo que resolver sus problemas «domésticos» y los vecinales con el argentino Rosas y el oriental Oribe. Los domésticos los resolvió inteligentemente, creando un sistema a su medida, una estructura aceitada con la cual regalando blasones, otorgando intereses, negociando tratados y convenios con las clases pudientes, lograba centralizar el poder. En su ambición, le había arrebatado territorios a la poderosa Colombia y al Perú, deseando más de Bolivia como de Paraguay. Por eso la piedra en el zapato era el gobierno de Uruguay y más específicamente los del Partido Blanco. ¡Los malditos liliputienses! –como decía Pedro II peyorativamente en las reuniones con sus generales, mientras se tomaba un vino de uva. Era muy adepto al vino de uva italiana. Con Argentina también existe una relación de amor y odio, si es que se puede humanizar a los países y otorgarles sentimientos; unos parecían

arrogarse el derecho a mandar por ser hermanos mayores de otros. Con actitudes mezquinas, a veces muy egocéntricas o incestuosas, intentaban dirigir las políticas interiores de sus convecinos dando premios y castigos y comprando voluntades. Para él, era necesaria esa Argentina ambivalente y, por momentos, arrebatada. Ella se desangraba por dentro y añoraba el gobierno monárquico o por lo menos un autoritarismo mágico. Una fórmula que los sacara de la anarquía, de las guerras civiles y del caudillismo. Igual pegaba fuerte la llamada «Fórmula Alberdiana», lo que el pensador Juan Bautista Alberdi llamaba «la verdadera República». Pero aquel pensamiento liberal en todos los sentidos tenía una fuerte predisposición contra lo nativo, dando lugar a lo extranjero, y esto se contagiaba en la sociedad de Argentina como en la de Uruguay. Alberdi decía: «Aunque pasen cien años, los rotos, los cholos o los gauchos no se convertirán en obreros ingleses... En vez de dejar esas tierras a los indios salvajes que hoy las poseen, ¿por qué no poblarlas de alemanes, ingleses y suizos?...». Por eso decididamente se pusieron a apoyar al general Venancio Flores en su cruzada para obtener el poder y así lograr que los «liliputienses» les apoyaran en sus intereses imperiales.

Entre la nube de polvo de la panadería derrumbándose, apenas divisó el cuerpo que yacía. Era quizás un defensor como él, atrincherado contra el muro. Por eso lo tomó del brazo zarandeándolo por las dudas de que aún tuviera un hálito de vida. «Él» tosió levemente y así pudo apreciar su cara embadurnada de cal o harina, poco importa. Eso sí, sus pestañas arqueadas portaban granitos de polvo blanco y el cabello sin recoger era un revoltijo oscuro. Le arregló el delantal como pudo y le ayudó a enderezarse. Recién allí y por el gesto de su mano pudo darse cuenta de que era una jovencita. Despaciosamente y con ternura infinita le limpió la cara. Ella, compungida aún, comenzó a respirar pero con dificultad. Lo miraba fijamente.

—¡Estos cocidos son diablos! ¡Se suman a los imperialistas y los bárbaros de Flores y se nos vienen por debajo de los catayses! —para evitar la impresión de encontrarla en tal circunstancia él hablaba sin parar—. ¡No tienen goyete! Por suerte el general ta duro en el torreón sacando pecho. Yo tengo el sable que me dieran y ando por encima de los escombros esquivando las moras en el acarreo

del agua. Mientras hablaba apresuradamente la miraba y recordaba la primera vez que la vio: Él se había conchabado con el panadero para acarrear agua y baldearle la vereda. Se había venido de Entre Ríos a Paysandú buscando unirse a «lanza seca», pues se sentía partidario de los «crudos de Alsina» y aunque apenas contaba con quince años, como era huérfano solo le interesaba estar en el bando de los de a pie, como le gustaba decir.

La vio venir justo cuando largaba el balde de latón de agua en la vereda. Fue un remolino de piernas de zapatitos de misa y el parasol de seda y se quedó mirando como carpincho viudo el vestido mojado y embarrado de la niña. Notó sus labios rojos de ira; hermosos. Esos ojos que le fulminaron al mirarle, algo tenían de virgen niña. En esa instancia, igual no pudo dejar de compararla con la estatua de mármol de la plazoleta. El grito de ella lo sacó de la ensoñación. Y salió corriendo olvidándose de cobrar el trabajo, aunque el hambre lo apuraba. Ella se quedó rezongando con sus cabellos dorados cayendo en cascada sobre los ojos mientras recuperaba el misal del suelo.

—¿Quién sos? —el sonido de la voz de ella sentada a su lado lo sacó del recuerdo. El polvo seguía entrando y se volvía pegajoso con ese calor del comienzo del verano.

—Soy solo el aguatero de las trincheras, un defensor más —le respondió. Ella, aclarando la visión, lo miró con detenimiento. Tenía una camisa vieja marrón —que parecía de arpillera— y un pantalón anudado en la cintura por un tiento de cuero crudo, donde también con un gancho a modo de porta sable llevaba colgando esa espada vieja. Sus pobres alpargatas eran la viva imagen de la indecencia y casi le hace soltar la risa al ver sus dedos fuera. Por fin pudo observar su cara. Se le asemejaba a un charrúa, por esos ojos oscuros de mirada penetrante y el cabello azabache que en mechones caía sobre la frente, no obstante sus labios eran finos, bien delineados, casi femeninos. Aunque el mentón hablaba de por sí de la firmeza de sus convicciones. Él le tendió una mano para sortear los escombros y poder ir a una de las piezas más seguras. Afuera la guerrilla de la fusilería arreciaba, la lucha por momentos era cuerpo a cuerpo. Ella tomó una palangana con agua del aljibe y ambos se asearon un poco. Le contó que había quedado sola luego de que su padre había fallecido en uno de los bombardeos y

no quiso refugiarse en la Isla como las demás familias. Su abuelo, al igual que su padre, había sido panadero, desde la vieja Tahona cerca del puerto a esta fábrica de panes y galletas. –Me llamo Juan –le dijo él, contemplándola con orgullo como a una heroína. Sabía que en las trincheras sufrían más del hambre que de las balas de los enemigos. A veces lograban un pedazo de charque, un poco de vino o un ensopado que les mandaban desde el hospital. Todo era poco.

–Yo me llamo Lucía –tenuemente le respondió ella–. Como todavía tengo harina y sal, todos los días hago un poco de galletas y cuando viene el sacristán Alberto se las doy para que las reparta.

No le dijo que el detonante de ella fue cuando Alberto apareció corriendo a avisarle que habían matado a la libertad. Adoraba a aquella joven que salía desde el mármol, con su donaire, el vestido plegado hasta los tobillos, una mano en alto portando una bandera y en la otra una espada. Recordaba su cara de adolescente con una mirada muy dulce, de paz... Pero también muy firme y que parecía ver lo que otros no ven. Por sobre todo le encantaba ir a la plaza a observarla. Su imaginación le llevaba a recorrer el rostro de aquella doncella mientras le daba vida y la situaba en un campo de batalla. Allí dos ejércitos en pugna golpeaban sus escudos, sonaban sus cornetas y tambores, mientras los estandartes flameaban pidiendo guerra. Pero ella, inhiesta, solidaria y quizás un poco naif le hablaba con sus gestos. En esa instancia al brillo de sus ojos, los generales ordenaban a sus huestes regresar hacia las barcas. Y ella, coloreado el rostro, alegremente viva, descansaba a la sombra de los bosques...

Se habían quedado dormidos, sentados junto a la mesa rústica, cuando sintieron el golpe de la puerta al abrirse. El bombardeo y la fusilería estaban en un momento de impase, unos colectando municiones, reparando los cañones desfogados, otros acarreando los heridos al hospital o enterrando los muertos donde pudieran.

Joaquín Marques Lisboa, más conocido como el barón de Tamandaré, había ingresado como adolescente a la marina de Brasil. Él se denominaba «un lobo de mar», pues desde niño aprendió los secretos del mar junto a su padre y su hermano. Y era inflexible como el mar; su rostro casi cobrizo del sol y las sales, sumaba una barba negra con hilos de plata hirsutos que pendían en cataratas. Desde el puente de la fragata Amazonas con el catalejo podía ver

cómo se desarrollaba el bombardeo. Sus pensamientos en tropel le llevaban hacia el día que con el brigadier Mena Barreto y el brigadier Manuel Osorio se juntaran en la carpa de este último en las afueras de Río de Janeiro. Fue la segunda vez que pudo ver y escuchar al emperador Pedro II. Llegó hasta allí montando un caballo árabe de pelaje blanco, con mucha parafernalia. Pero al ingresar a la carpa, luego de los saludos de rigor se dedicó a recibir los distintos informes de sus subordinados. Necesitaban que la intervención en Uruguay fuera muy rápida, pues los países como Francia e Inglaterra, Italia y España, estaban observando y controlando todo. Barreto y Osorio, desenrollando extensos mapas sobre la mesa le fueron planteando la situación en los parajes de Artigas y Cerro Largo. Muchas fuerzas irregulares ingresaban por la frontera y atacaban incesantemente, manteniendo el caos en todo el norte de Uruguay. Estos milicianos se encontraban dirigidos por el general Antonio De Souza Neto y eran los que entretenían a las fuerzas orientales y a su vez suministraban el ganado para los distintos regimientos que esperaban la orden del emperador de atacar y que correspondían a un total de siete mil hombres. Cuando le tocó su turno dio el informe de su fuerza y la de los espías que había desplegado tanto en Buenos Aires y el interior de Argentina como en Uruguay. Hizo una semblanza política de los distintos actores uruguayos que operaban, desde el agente diplomático Andrés Lamas, conocido por su filiación colorada, amigo de los unitarios y por sobre todo de confianza del Imperio. Que el mismo, llegado el momento iba a resultar de suma utilidad, cosa en la cual fueron contestes el barón de Mauá y el consejero diplomático José Saraiva. Él tenía listas dieciséis embarcaciones de guerra y de apoyo logístico y sabía que en la isla Martín García harían la vista gorda al emprender el viaje de asedio y vigilar todas las costas de Uruguay. El emperador se manifestó molesto con el presidente argentino Mitre, que no quería involucrarse públicamente en su apoyo y apenas algunos funcionarios de su gobierno discretamente le dieron a Flores algo de material de guerra y el ofrecimiento futuro de una embarcación con armas. Golpeaba incesantemente la mesa de los mapas con una fusta de cuero. En eso, recordó su discusión con el brigadier Mena Barreto por los milicianos que ingresan a atacar en la frontera. Él, como

marino, había acumulado una forma disciplinada de vida. Pese a que no tenía una formación académica, todo lo que hacía estaba fundado en el honor y en la lealtad. Pero para Mena Barreto los milicianos producían desgastes en las filas del coronel Lucas Píriz y para él la guerra era de logística y de buena estrategia. Pedro II los miraba a los dos discutir acaloradamente. Igual dieron los informes y coincidieron en llevar la guerra al interior de Uruguay, dejando la capital de Montevideo para lo último. En la campaña había muchos intereses de ciudadanos brasileños. Por el otro lado, desde la independencia siempre dio resultado más allá de las batallas ganadas o perdidas y las ciudades capturadas o abandonadas: la colonización, con comerciantes que ingresaban productos manufacturados al interior de Uruguay y retiraban ganado, cueros y tasajo, como así también el imperio de la moneda portuguesa por el oro y los patacones de plata. Por eso no se podía despreciar el uso de civiles en las guerras y menos en este territorio que fuera llamado «La estancia grande de Argentina». Los dos brigadieres y el almirante informaron que conocían muy bien a sus enemigos uruguayos pero les importaba mucho saber la actitud del petiso rubio. ¿El petiso rubio? – preguntó el emperador mirándolos uno por uno. ¡Sí, así le dicen al coronel Leandro Gómez! – recordó que él le informara. Es un hombre rústico en apariencia, pero muy instruido y con una formación artiguista. Recordó el pensamiento y la acción de Gómez defendiendo a su general Artigas en tribunas improvisadas como en aulas y aun en gacetas. Siguió explicando: combatió a la orden del general Oribe y del general Rosas y en base a sus méritos logró ser depositario de la espada de su ídolo en Argentina para ser devuelta a la Nación. Por eso es un enemigo a tener en cuenta, emperador. Los brigadieres confirmaron sus palabras con un gesto de aprobación. Pedro II ordenó a uno de los secretarios que le trajera un té para bajar el vino carlón y mientras hojeaba uno de los mapas comentó: –¡Señores, tienen suficientes soldados para destruir este país de Liliput! Por el otro lado el general Flores está juntando su gente con el apoyo del gobierno argentino. ¡Vayan, paseen por los campos uruguayos y sus ríos y vuelvan para la hora del té! (¡Eran frases tontas! Había momentos en que parecía realizar regresiones a sus cinco años, cuando fue abandonado por su padre, Pedro I, que se fue a batallar a Europa

por el trono de su hermana. Él se quedó solito con su regente, mirando por el ventanal frío...) Y así como tenía esas salidas hilarantes, inmediatamente sus hermosos ojos azules tornábanse agudos y fríos, y un mechón de cabello rubio caía sobre la frente despejada. En esas instancias nadie osaba distraerlo y podía permanecer horas estudiando los planes de maniobras y los mapas...

En ese momento de la colina reiniciaban el ataque al torreón denominado el Baluarte de la Ley. Diablos que demoraba en caer, pensaba el almirante.

El sacristán Alberto llegó desaforado con sus manos tintas en sangre que aún roja se escurría por el pliegue de su camisa blanca.

—¡Lucía, Lucía!...

Ella, saltando como un resorte corrió hacia él.

—¿Qué sucede, Alberto? —le inquirió. Este, moviendo la cabeza de un lado a otro murmuraba:

—¡Hay muchos muertos y heridos, demasiados muertos! Lo sentó en una silla de mimbre y apretó el rostro del joven contra su delantal. Juan también fue a socorrerlo y lo observaba en silencio. Alberto los miró a ambos y mientras apretaba entre sus manos un libro de cantos les contó.

—Fui a conocer las últimas novedades al cuartel y vi la carta que le llegaba al general para que se rindiera. Por lo menos eso me dijo uno de los tenientes de la capitania. Al retirarse el capitán y como me vio en la puerta me mostró la respuesta de Gómez de puño y letra y decía: «CUANDO SUCUMBA». No lo puedo creer, son miles de soldados y estamos rodeados por agua y tierra por varios ejércitos y acá en la plaza solo hay un puñado mal armado de paisanos... Seguir es una verdadera locura. Salí corriendo a advertir al teniente cura y en unos de los bastiones estalló una metralla. Un obús de hierro atravesó la pared arrasando con todo a su paso. Los ojos de Alberto estaban desorbitados, como si hubiera bajado con Dante al propio infierno y de allí regresaba. El crucifijo de madera bamboleaba salpicado con sangre brillante de su cuello.

— Los ayes de dolor me aturdían, no pude ver nada por un momento, hasta que un sargento me tomó del brazo con fuerza, haciéndome reaccionar. A mis pies un joven estaba cortado a la mitad, sin piernas, desangrándose, mientras sus compañeros luchaban por detener la hemorragia. Estiró su mano hacia mí pidiéndome ayuda.

Y uno de los soldados me informó que quería confesarse antes de morir. Le dije que no soy cura, apenas un ayudante clerical. Pero el sargento, tomando una faja paraguaya de su cuerpo me dijo a prepo: «¡Tomá! ¡Acá tenés la estola, dale la absolución y no digas más nada! ¡Es un valiente que te lo pide, carajo!».

¡Y lo hice! Él murió en mis brazos... Todos quedaron en silencio. Afuera unos gatos corrían por los escombros maullando y gritándose; por el momento la noche había ganado un poco de paz....

Los tres habían quedado en el medio de la fusilería. Los de las trincheras del sur iban retrocediendo y había fuertes combates cuerpo a cuerpo por los muros y por los agujeros de las casas. Los defensores habían sido previsores al confeccionar troneras y aspilleras para efectuar la guerrilla con más resguardo, pero los cañones del enemigo iban creando muchas bajas y brechas en sus filas. La presencia de Goyo Jeta, que venía con mucha sed de venganza alegando que unos blancos le habían asesinado a la madre (que se la habían quemado viva adentro de su rancho), generaba mucho miedo e incertidumbre. También sabían que los brasileros eran soldados sin códigos que saqueaban todo lo que pudieran, lo que volvía esta refriega en una guerra irregular. Por Alberto, el sacristán, supieron que el cardenal había ido a la Isla a consolar a las familias que allí estaban refugiadas y que los diplomáticos extranjeros llegaron a hacer solo acto de presencia, pues ninguna otra potencia vendría en su auxilio. Solo Juan confiaba en que Lanza seca, haciendo retumbar los campos con una carga ligera a lanza pelada, haría correr a los enemigos.

–Para mí esto es una guerra de egos, nomás –dice Alberto mientras ayuda a colocar las últimas galletas en el horno.

–¡Para mí no lo es! –le increpó Juan. Es una lucha de valientes contra cobardes. De mantener la institución, el Estado y el imperio de la ley por sobre los bárbaros. Lucía los miraba a los dos discutir.

–¿Cuántos hombres más va a inmolar Gómez en esta absurda defensa? –siguió Alberto–. ¡Si no tiene ni el apoyo del Estado que dice defender! ¡Berro ya abandonó el puesto y ahora sigue solo Aguirre! (Se refería al cese de la función de presidente de Bernardo Prudencio Berro y que debió asumir el presidente del legislativo, Atanasio Cruz Aguirre). No creo que Dios vea esto con buenos ojos. ¡No señor! –meneó la cabeza de un lado al otro.

–¿Qué ojos ni que ojos, mandria? ¡Así es la guerra! Un bando bueno y un bando malo. ¿Cuándo viste que para ganar hay que asociarse a los macacos diablos del Brasil? ¿No ves cómo despliegan su bandera en cada casa que toman y vienen como bandada de loros todos vestidos de verde? ¡Yo el único berro que conozco es el del arroyo sacra, que a veces hago una cortada para vender! –dijo esto último sacándole un «boleto» a Alberto, que no entendió y quedó mirándole esperando una explicación.

Lucía, entonces, irguiéndose en toda su talla les habló.

–No es tema de soldados, de ejércitos, de gobiernos, e imperios. Es un tema de libertad, de ser nación libre e independiente, de creer en las instituciones. Nos puede gustar el general Gómez o no –de hecho dicen que tiene un carácter de perros agravaado más por su enfermedad. Yo le he visto quedarse solo y dormido envuelto en su poncho en un banco de la plaza grande. Y creo que en ese momento que todos evitamos pasar a su lado, él seguro pensará en esa estatua y su simbolismo. Sin libertad no hay instituciones y sin instituciones no somos libres, no tenemos patria. ¿Pero saben una cosa? Ahora hay que repartir galletas y agua a las trincheras, ya no hay tiempo para filosofía–. Agregó esto con una hermosa sonrisa, mientras Juan la miraba embobado. Alberto, tomando un canasto de mimbre comenzó a juntar las galletas, mientras que Juan baldeó agua del aljibe y salió corriendo por encima de los muros como un gato montés. Lucía se quedó preocupada pues al salir los dos jóvenes comenzó la fusilería y las balas silbaban golpeando los techos de las casas. Miraba irse a Alberto con su corpachón de muchacho de ciudad y sus gestos de niño bueno. Estaba como injertado en aquella batalla, sería siempre un hombre de paz y de conciliación. A cada instante luego del estampido se sentía el grito rebelde de Juan:

–¡Apuntá bien macaco, que apenas me peinaste! –saltaba de techo en techo y se desparramaba en los huecos de las casas. Tenía el instinto y la habilidad de un gato onza para sobrevivir. Cada tanto blandía el sable en abierta provocación a los enemigos que cargaban los fusiles buscándolo. A él le gustaba llevarle un balde de agua fresca al coronel Lucas Píriz, de quien se decía era coterráneo. El coronel lo recibía con mucho cariño y le daba un fuerte apretón de mano, pero antes de irse le decía: «¡Tené cuidado, barquito de

papel!». Él se cuadraba haciendo sonar sus tacos desnudos y le respondía: «¡A la orden, mi general!».

El constante bombardeo desde el puerto y la colina de tunas del norte iba diezmado la ciudad. No obstante eso, la bandera uruguaya seguía orgullosamente flameando en el mástil de la iglesia. Los sitiadores, pese a que son cuatro veces más que los sitiados, igual son detenidos en las orillas de la ciudad. Pero las bombas seguían cayendo, una tras otra. Algunas, al atravesar los muros de ladrillos asentados en barro atascan sus percutores y quedan sin explotar. El general Leandro Gómez, seguido de su estado mayor, se trasladaba a pie por las calles viendo los puntos débiles de la defensa y dando órdenes para reforzarlos. Necesitan trasladar el polvorín del Torreón a algún aljibe a fin de no exponerlo al desastre de que las bombas que llegan lo hagan explotar. En su mano derecha porta la bandera de la República, hecha jirones y teñida de hollín de la pólvora, pero pareciera ser el motor de su fuerza. Las balas le buscan pero no hace caso a consejos, piensa en ordenar bien sus pobres fuerzas, que apenas superan los novecientos hombres, contra los más de doce mil con que cuenta el enemigo, según los cálculos de sus asesores. Le queda alguna caballada y unos bueyes de tiro, pero no da para salir a la descampada, es mejor esperarlos en la ciudad. Igual, tiene que ordenar una salida para levantarles un poco de hacienda que les permita por lo menos tener un poco de carne fresca. Caminaba ensimismado en sus pensamientos cuando vio por encima de la azotea de una casa a una figura que esquivando balas saltaba de muro en muro. A cada disparo que le enviaban de las trincheras brasileras, el hombre se zambullía entre los cascotes y volvía a reaparecer con un grito de triunfo.

—¡Andá a buscar ese valiente! —le ordenó a su ayudante. Y siguió con la recorrida por las calles hasta llegar a la Jefatura de Policía. Allí se habían encarnizado en la refriega desde una casa vecina, hasta que los sitiados, en un acto de valor y arrojo habían logrado desalojarlos. Arrumbados en el suelo tenían a varios prisioneros que sudaban copiosamente, mientras el olor ácido que despedía el miedo de los cuerpos quemaba la nariz. Dio la orden de que los llevaran a la Comandancia y se desentendió del caso. En la puerta apareció su ayudante acompañando a Juan, que portaba su sable

y el balde del agua. El general lo miró con atención frunciendo el ceño mientras se acariciaba el extremo de la barba.

—¿Quién es? —inquirió a su ayudante.

—Un mozo argentino que siguió a las tropas del coronel Lucas Píriz y quiere juntarse con el ejército del general Saa, dice. Reparte agua en las trincheras, mi general.

—¡Tenés mucho valor, muchacho, pero si seguís así no vas a poder juntarte con Leña Seca! —le dijo el general con cariño mirándole recto a los ojos.

—¡General, general, nos están tirando con todo y corre peligro el polvorín! —llegó corriendo un mayor. El general, como si tuviera todo el tiempo del mundo, dirigiéndose a Juan le dijo:

—¡Así están las cosas, querido amigo, vos queriéndote juntar con el general Saa y yo resistiendo el atropello! —le palmeó el hombro y siguió a pasos agigantados por la cuesta hacia el Baluarte de la Ley. Atrás dejó una estela de aroma de tabaco y pólvora y el leve sonido de una tos seca.

En la panadería era todo trajarinar sobando la masa, mezclándola con agua y sal y un poco de levadura. Luego era apurar la leudada con un poco de fuego y así armar las galletas. La quema del horno la hacían por las noches a fin de que el enemigo no pudiera guiar las balas de sus cañones hacia el humo. Lucía era todo nervio, acarreando la harina hacia la mesa y las bateas de madera. Al faltar la leña para el horno, debió comenzar a traer lo que llamaban «leña petiza», que no era otra cosa que el excremento de los bueyes y los caballos del corralón. La panadería era un edificio sólido pero sencillo. La parte expendedora de pan ahora estaba en ruinas, pero por suerte no habían sido afectados ni la cocina ni el horno. Juan, al observar los detalles, veía que cada cosa hablaba de Lucía. Los muebles adornados con pequeños manteles blancos con puntilla, los frasquitos de perfume y alguna estampita de santos o pequeños animales de cerámicas con cintas de color rojo (contra la envidia). Detuvo la vista en un cuadro que portaba la foto de un hombre maduro de pelo canoso y recio bigote cayendo sobre la comisura de los labios, con ojos de mirada firme y nariz aguileña. Todo sostenido por un cuello grueso y un mentón de líneas rectas que denotaba de alguna manera una disciplina. Lo recordaba como el

patrón que le diera la changa al llegar a Paysandú. Ella, al ver lo que Juan miraba, le dijo:

—Es mi padre.

Recién allí vio la cinta negra que colgaba del marco de aquel cuadro. Se dio media vuelta y la miró a los ojos detenidamente. ¡Sí había vida en su mirada! Ella se sonrojó...

El sacristán por momentos oteaba por las troneras abiertas de las paredes por si el enemigo realizaba un ataque. También de los barcos brasileros enviaban cañonazos y un regimiento de marineros intentaba por momentos forzar la calle real abriendo brecha con fusiles y pequeños cañones. El almirante Tamandaré hacía rechinar sus dientes cuando veía la férrea defensa que le oponían los sitiados. Ya había mandado a arrestar a los oficiales cuando permitieron que se les escabullera el Villa Salto, la única embarcación artillada que tenía Uruguay y que muy campantemente navegara entre su flota saludándolos. Cuando los vigías se dieron cuenta, ya era tarde. El general Gómez la había casi desguazado, sustrayendo los cañones y las vituallas, y luego la prendió fuego. Esto era toda una afrenta para él.

En las trincheras los hombres agotados, sin dormir, sudorosos y doloridos en los hombros del golpe de sus rifles, agotaban las últimas municiones. A veces quedándose sin fulminantes para poder explotar el proyectil. Pero recibían con gran alegría el balde de agua que Juan les arrimaba y eso, por simple, era motivo de festejos. Juan observaba uno de los proyectiles que encontró incrustado en una pared. Era algo letal, probablemente de un cañón rayado de la marinería que fuera llevado desde uno de los barcos a su emplazamiento cercano al puerto. Como no había explotado, con seguridad que estaba todo lleno de pólvora dentro de aquel hierro que como una camisa la guardaba. Debía lograr extraerla. Había charlado con Alberto y con Lucía acerca de la posibilidad de encontrar el vivac de los brasileros o dónde tenían el polvorín. Era una idea loca. Por donde miraban desde encima del techo de la panadería se veía un enjambre de casacas verdes. Pero en su mente se agitaba ese pensamiento de lograr aproximarse aunque sea a unos cincuenta metros del lugar. Los enfrentamientos se daban a corta distancia, muchas veces un bando estaba de un lado de la calle y el otro del otro lado. Una lluvia de balas de hierro y plomo venía de varios cañones y de diferentes emplazamientos, derrumbando todo.

El cielo se enlutaba por momentos y el sonido era ensordecedor y horrendo. Para Lucía aquello era similar a lo que le sucediera a Pompeya, la ciudad sepultada bajo la lava del Vesubio. Pues era hierro y fuego que caían sobre Paysandú en andanadas persistentes. Juan y ella se apretujaban contra un rincón de la casa debajo de la mesa de ñandubay. Apenas veían sus rostros en la densa humareda de polvo y humo. Ella rezaba en voz baja para ahuyentar el miedo, pero los temblores, como pequeños terremotos le recorrían todo el cuerpo. Él la apretaba contra sí esperando ser esa coraza que la protegiera de la metralla. Cuando cesaba el bombardeo debían esperar largos minutos para que el humo y el polvo se disiparan y así lograr divisar los edificios contiguos. La ciudad se les hacía similar al esqueleto de un toro gigante abandonado en el repecho, mostrando las huellas de la batalla librada con sus costillas al aire. Costillas despellejada por caranchos y chimangos, pues los firmes tirantes de lapacho y ñandubay asomaban debajo de la piel de la Iglesia nueva y del Baluarte de la Ley, la Comandancia y cada uno de los edificios de la ciudad.

Alberto llegó corriendo con ademanes que presagiaban malos anuncios.

—¡El pañol punzó de combate se ha caído!

Por encima del Torreón, se colocaba la bandera punzó para que en los bastiones, trincheras y cantones supieran que estaban guerreando. El trompeta había sido herido, igual a veces un tambor daba el toque de tropa-tropa para incitar a los defensores a repeler las agresiones. Como las intimidaciones a rendirse por parte del general Flores y de Tamandaré eran imperativas, alguna trinchera podía rendirse. De hecho ya había algunos hombres que se iban rindiendo o por desavenencia con el propósito se pasaban de bando. Algunos soldados intentaron reponer la bandera pero era una lluvia de balas y la driza había sido cortada por esos mismos disparos. Lucía se quedó pensando, algo en su cabeza le rondaba. No deseaba que los amigos Alberto ni Juan se enfrascaran en una nueva discusión. Ella sabía que no había guerra buena. En estas circunstancias tan extremas es cuando afloran sentimientos fuertes y nobles en algunas personas y en otras las reacciones más descarnadas y sádicas. Juan era todo un enigma para ella, no lograba descifrar qué pensaba de él, esa pasión y rebeldía le preocupaban mucho. Alberto seguía pensando que aquello, más que guerra

era una carnicería antojadiza de viejos caudillos y que en nada era por el Estado y sus instituciones. Para Juan era la lucha entre el bien y el mal, entre los «crudos» y los «cocidos». Como si se adelantaran a una extraña lucha de clases... Entre la legalidad y la ilegalidad, el pueblo contra la tiranía. Alberto era muy práctico en lo que hace a la sociedad y por el otro lado, aunque creía en el bien y el mal, creía más en el espíritu del ser humano.

—¡Mirá, Juan! —le encaró mirándole fijo a los ojos—. En tu país, como en Uruguay, el caudillaje hace y deshace, por eso estamos como estamos. Nuestro gobierno está enfrentado con los de su mismo partido: Los «Vicentinos» y los «Amapolas». Unos apoyando el abrazo y la terminación de las divisas y el perdón, y los otros como incitando a la continuación de la mentada «Guerra a Muerte», un fratricidio total. Ustedes, entre federales y unitarios, peleándose como perros cimarrones por la carniza. Mientras que el goloso Brasil se va colando por todos lados por nuestra sola culpa. Por eso los europeos nos siguen viendo como bárbaros y se regodean criticándonos por el simple hecho de tomar mate en poros. No pueden entender cómo se toma mate en rueda, entre blancos, aindiados, gauchos y negros, compartiendo lo que para ellos es una «pajilla». Esto los horroriza. Por eso sigo valorizando el alma. O estamos cerca de Dios o nos alejamos de él.

Juan se quedó pensativo. Alberto había iniciado un seminario en la Iglesia Matriz de Montevideo y allí entre Te Deum y reuniones eclesíásticas se hablaba mucho de política. De los desencuentro del presidente Bernardo Berro en su política exterior, que lo llevó a renunciar y que hizo que en los corrillos de la iglesia le denominaran sarcásticamente «el poeta presidente», como sinónimo de naif por su idealismo al querer enfrentar a los monstruos que tenía de vecinos. Tenía sus dudas, sí, respecto a la polémica del presidente Prudencio Berro y su obispo Jacinto Vera por el enterramiento de un masón en terrenos regenteados por la Iglesia. Eso dejó honda huella en la gente y entre los mismos religiosos y abrió una gran brecha con el gobierno. Alberto continuó diciendo:

—¡Ahora Flores bautizó su invasión como una cruzada! Intenta realizar una similitud, con las cruzadas cristianas de la antigüedad. Alega además el maltrato dado por el partido de gobierno a la Iglesia y el infausto hecho llamado «la hecatombe del paso Quinteros»

en el río Negro. Como católico que soy, no creo en eso y lo tomo una mascarada del caudillo Flores. Lucía entonces intercedió:

—¡Ya que hablaste de mate, podemos tomarnos unos amargos! —dijo mientras arrimaba un banquito, con el poro ya «ensillado», como le gustaba decir a Juan, usando la yerba vieja. La caldera venía humeando en la mano de la muchacha, que primorosamente les sonreía, sacándolos de la discusión.

—¿Justito Justino Reyes!... —manifestó Juan, frotándose las manos, saboreando ya mentalmente ese gustito amargo de la infusión. Los ojos de los dos se encontraron cuando ella le dio el mate y él lo tomó y sin querer le rozó la punta marfilada de los dedos... Juan, entre mate y mate invitó a Alberto a que fuera con él a ayudarlo a desarmar la bomba encontrada y este aceptó. Cuando iba a salir por la tronera del muro, Lucía le pidió prestado el sable. Para Juan, su sable era como un bastón de mando, pero para realizar lo que quería le estorbaba, por ende se lo prestó sin averiguar para qué lo necesitaba. La miró de soslayo, como siempre hacía mientras ella trajinaba... Así, embadurnada de harina, igual aromaba bellamente como una orquídea salvaje; una flor de patito, como le decían en Entre Ríos. A regañadientes Alberto aceptó. Ese día no tenía ganas de estar con heridos o acarrear cadáveres. Ella, antes de partir les dio un abrazo a ambos y un beso silencioso...

Juntos, Juan y Alberto fueron al lugar llamado «El ancla dorada», que oficiaba de cantina en su momento. Por eso Juan le pidió que mientras él sacaba la bala de cañón, Alberto le trajera botellas de ginebra que eran de cerámica dura. Poco a poco, escarbando con una cuchara, fue sacando el proyectil del muro. Era un obús muy pesado. Cuando estuvo listo, entre los dos lo depositaron en el suelo. Luego de esto, comenzó Juan a escudriñarlo con algunas herramientas que trajera del taller del herrero. Poco a poco logró abrirlo sin golpear las piezas que armaban el percutor, pues tenía un sistema de ignición muy simple. Retiraron la pólvora negra con mucho cuidado y fueron llenando las botellas de ginebra. Alberto agujereó con una chaira el corcho para introducir por allí una mecha. La mecha fue ingeniosa, con una pequeña tira de tela de camisa embadurnada en grasa y en la misma pólvora. Cuando estuvo casi todo listo, tornaron a limpiar el suelo con una escoba y probaron encender una mecha del mismo tamaño que las puestas

en las cuatro botellas de ginebra, para conocer el tiempo que les daba, antes de explotar. Ambos contaban en voz alta, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete... Solo siete segundos de tiempo tendría quien lanzara la bomba de la botella.

Concentrados en eso estaban sin oír la metralla y el bombardeo, cuando comenzaron a escuchar gritaría que venía de las trincheras. Quizá Juan no era muy católico pero sentía cantos y aleluyas de los defensores. Eso los motivó a que subieran a la parte más alta del edificio a chusmear lo que pasaba. Nada veían; pero de las casas señalaban al norte y a pocas cuadras vieron como un fantasma encima del techo de la panadería, la figura de una mujer blandiendo en una mano un sable y en la otra un paño a modo de bandera punzó. El vestido de tela rústica blanca caía en cascadas sobre su cintura, donde llevaba armoniosamente sujeto un cinturón angosto de seda. Apenas lograba descubrir esos hermosos pequeños pies desnudos que se asentaban encima del pretil de la casa. La cara pálida con los cabellos ensortijados despidiendo los últimos rayos dorados de la tarde, le bordeaban el hermoso óvalo del rostro y Juan pensó que era la viva imagen de la estatua de la paz. Por eso infló el pecho y mirando a los centinelas y a los guardias en cada una de las trincheras gritó a viva voz:

—¡La libertad está viva! ¡La libertad no está muerta! ¡Viva la Libertad!

De todos los lugares donde había un soldado defensor salió un ruido ronco, casi un rugido que entonaban: «¡Viva la libertad!». Ello motivó que la fusilería arreciara nuevamente y los cañones de los fusiles buscaran el cuerpo de la frágil Lucía, que se mantenía enhiesta sobre el techo de la panadería sosteniendo la endeble bandera y aquel sable de latón. Alberto se descolgó por la escalera con el corazón saliéndosele del pecho. Iba trepando muros a pasos agigantados. Cuando Juan vio que los disparos golpeaban a los pies de Lucía reaccionó de la misma manera, gritándole afanosamente que se bajara. Pero la joven estaba como en trance, convertida en la estatua muerta de la libertad de la vieja plaza. En el Baluarte de la Ley un asistente del general llevó rápidamente la noticia:

—La libertad está viva, mi general, le dijo de un sopetón, mientras le cedía los prismáticos para que viera por sus propios ojos. El general Leandro Gómez oteó a la distancia por encima de los

techos de mosaicos hasta que vio la silueta de aquella joven mujer desafiante con el pañol punzó y el viejo sable. No tuvo tiempo de dar alguna orden, un obús se estrelló contra una de las ventanas enrejadas e hizo que todo explotara y el vestido blanco se salpicara de sangre roja y brillante y la viva imagen de «La Libertad» desapareciera entre la nube de polvo y los cascotes de ladrillos que salieron disparados hacia el cielo.

Cuando Juan llegó junto a Lucía, ya estaba siendo atendida por Alberto. Y concomitantemente con él llegaba una patrulla de soldados enviados por el general para transportar a la joven al hospital para que fuera vista por el doctor Mongrel. Lucía y Juan se rozaron con la mirada. Había orgullo en él, asombro en ella. Debajo del vestido de Lucía asomaba uno de los pies descalzos y del lienzo, abundante sangre viscosa se derramaba en el suelo. Su pierna cerca de la rodilla era solo una masa informe, donde estaban asomando los tendones y la carne abierta como cortada por un mal carnicero. Su faz estaba más blanca que la harina pero aún mantenía la llama en sus ojos. Juan corrió a su lado e, impotente, tomó sus manos dulcemente. Estaba desesperado viendo como fluía la sangre roja de Lucía y empapaba el piso como plomo hirviendo. Ella entornó los ojos... Los soldados la tomaron y en andas salieron corriendo rumbo al hospital. No, no había llanto, solo desolación en Juan y Alberto, mientras corrían a su lado. Estuvieron junto a ella ayudando a la señora viuda de un doctor que colaboraba en la atención de los heridos y en las operaciones de Mongrel. Luego de aseada y puesta en un rincón de la sala en una colchoneta, Juan dejó a Alberto cuidándola. Antes de partir la miró detenidamente: Lucía seguía hermosa. Los ojos cerrados y con marcadas ojeras sobre la piel blanca mostraban como una seda tornasolada en los párpados y poco a poco el color volvía a sus pómulos. Los labios resecos se le hacían una rosa española de un rojo encarnado y todo el semblante hablaba de paz. La paz del valiente, de la misión cumplida, del amor a la patria. Juan tomó un bolso de cuero que había encontrado abandonado en el hospital y salió a la calle, pero antes besó tiernamente la mano dormida de Lucía. La luna de enero se veía manchada; ensangrentada... Ya le había llegado la noticia de la muerte del coronel Lucas Píriz, su amigo general. Y él ya no era el mismo joven. Sus ojos estaban

inyectados en sangre; en venganza... Le dolían las mandíbulas de tanto apretar los dientes...

Alberto fue requerido varias veces para asistir a algunos heridos, pero no lograron que se apartara de la cama de su amiga herida. Él no se sentía parte de aquella guerra fratricida; no, no veía honor en esa matanza. Igual lo confundía el acto de arrojo de Lucía. Eso no lograba entenderlo. La veía tan frágil, tan niña, por momentos tan huérfana de afecto. En las trincheras la balacera seguía, por momentos los sitiadores adelantaban sus líneas e iban tomando casa por casa. Era una lucha desigual de soldados preparados y mejor armados y en mayor número, pero los sitiados eran rebeldes como una montonera, peleando codo a codo entre familiares y compadres. En los dos bandos había verdaderos actos de heroísmo, de coraje y de respeto. Había algo que el general Leandro Gómez les inyectaba en la sangre cada vez que corriendo recorría las trincheras saludándolos. Les contagiaba la energía, ese fervor que tienen los verdaderos guerreros en cada una de sus palabras o en sus ademanes. ¡No, no hay tiempo para las dudas!

Juan iba agazapado. En las horas del día pudo divisar dónde estaba colocada una de las baterías enemigas y hacía allí iba con su fervor. Llevaba el bolso a media espalda con las cuatro botellas llenas de pólvora y una caja de fósforo para el encendido. A la cuadra de distancia pudo divisar los fogones de los soldados brasileros. Pero había una barrera infranqueable de hombres parapetados. Cada tanto escuchaba un insulto de alguno de los bandos. También debía eludir a los defensores para que no lo creyeran desertor y lo asesinaran en el lugar. Su camisa estaba empapada, lo mismo el pantalón, y por su cara corrían la gotas saladas del sudor en ríos que le entorpecían la visión. Igual se fue metiendo por los agujeros de las paredes, mimetizándose con las penumbras cuando la luz de la luna era cegada por las nubes. Al pasar notaba claramente las voces de los centinelas en idioma portugués y por lo que entendía, antes del alba iniciarían el ataque definitivo. Se quejaban de sus muertos, de lo que les había costado tomar Paysandú. Fue reptando sobre un muro intentando que su cuerpo pareciera una parte más de la pared y escudriñó en la oscuridad. A unos veinte metros, sobre una carreta estaba empotrado un cañón carbonada y a su alrededor, envueltos en sus mantas para

soportar el «mosquital» había una veintena de servidores. Juan era una serpiente esmeralda trepando por los muros y como esta se desliza por las ramas de los árboles, él lo hacía sin ruido, sin respirar, por los escombros. A sus espaldas las barras del día se extendían lentamente, el tiempo se le agotaba. Empezó a bajar el bolso al costado de un cajón de madera para poder con comodidad bajarse del muro y encender una a una las mechas y tirarlas por encima de los centinelas y servidores del cañón. Un chasquido sintió y luego el estampido de un rifle con el grito de alerta de un soldado que le disparó y apenas le erro a la cabeza por un jeme de distancia. Igual la bala soltó esquirlas y parte del muro que le golpearon el rostro y le cegaron un segundo. Solo por instinto se tiró al suelo y manoteó las bombas caseras. Encendió una y como pudo la lanzó con todas sus fuerzas por encima del muro. A los cuatro segundos explotó, logrando una gran confusión en el campamento, y así lanzó la segunda con el mismo resultado. Tomó el bolso y como un hurón se coló por uno de los huecos; del lado de la defensa venía una fuerte balacera. Pero los fusiles lo buscan a él y con las luces del día era más visible, por eso tenía que medir sus pasos. Su cabeza estaba confundida, pero un destello de luz en el cerebro le creaba una alerta máxima: «Debía volver con vida». Ver nuevamente a Lucía, a su amor, pues recién se daba cuenta de que todo el tiempo la había amado pero con la actividad de la lucha no se había dado permiso para pensar en ella como mujer. Sí, la adoraba y debía volver. Eso pensaba cuando un obús se introdujo en la casa y él lo veía en una sucesión de cosas lentamente, pues el proyectil atravesó toda la sala como compitiendo con su carrera y fue a explotar en una pared justo cuando sentía que sus pies pisaban el vacío y caía en la oscuridad.

Cuando despertó, estaba enterrado debajo de muchos cascotes, tablonces de madera, entre un polvo que no le permitía ni siquiera ver sus manos, por lo que fue con temor tanteando todo su cuerpo para saber si seguía con todos sus miembros intactos. Sentía voces, gritos de batalla, muchos disparos y el olor picante de la pólvora le hacía irritar la garganta, pero no quería toser. Fue retirando uno a uno los cascotes y vislumbrando la forma de las cosas. En eso estaba cuando sintió vivas y gritos efusivos de saludos y de festejos. Apenas pudo observar por una de las troneras de la casa y vio

cómo se izaban banderas de parlamentos y era todo alegría. Confundido se izó y fue pasando entre los hombres que se saludaban. ¡La guerra había llegado a su fin! Era tal la emoción que nadie se fijaba en él. Algunos se sentaban en el suelo desconsolados, sin la tensión de la lucha. Cuando logró desentumecer sus piernas se fue corriendo al hospital. Allí estaba su Lucía con una sonrisa única al verlo con vida. Alberto, a su costado, mostraba las señales en su rostro de la mala noche. La enfermera vino corriendo azorada. El general había sido detenido por los brasileros, pero ahora fue entregado al general Suárez. Ella abrió las ventanas para dejar pasar la luz del sol. A los lejos la soldadesca triunfadora hacía un rejunte de armas y por momentos saqueaban las casas. Lucía tomó cariñosamente la mano de Juan y él, pese a tener quienes les miraban, le murmuró amorosamente:

—¡Te quiero!

Lucía le sonrió tímidamente, esa frase no parecía de él, es que ya no era el muchacho rebelde que peleaba con sus fantasmas. Había madurado en solo una noche de vorágine, miedo y fragor de la batalla. Lo miró detenidamente y le dijo:

—¡Sí, sos bien charrúa!

—¡Sí, a partir de hoy soy uruguayo! —comentó él con orgullo. En ese instante el general Leandro Gómez era conducido cuesta abajo por sus custodias, rodeado de su estado mayor. Tenía un tranco recio aún, pero había envejecido en la mirada. Llevaba el cuello de su casaca desprendido y una arruga espesa le surcaba la frente y la barba luenga le daba un porte de firmeza. Se podía distinguir los pliegues de arrugas sebáceas en su cara, quizá fruto de la somatización de los interminables días de la guerra. Al mirar el hospital los vio. Y sin pedir permiso a sus cancerberos con sus fusiles y las terribles bayonetas sangrantes, tomó unos pasos hasta quedar frente a los jóvenes y los miró largamente. Reconoció al muchacho que desafiara a todos con su balde de agua y el sable de lata y a la dama libertad con el pañol punzó...

—¡La Libertad está en ustedes, la Libertad está viva! —les susurró con su voz ronca de pasión. Lucía le gritó desde la cama:

—¡Viva la libertad, carajo!

Alberto y Juan se quedaron cabizbajos guardando mutuo silencio.

Punta Gorda

Carlos Thomas

MENCIÓN

El abuelo esperaba a su nieto. Un muchacho sano, lleno de inquietudes punzantes; magro y activo. Clara inclinación afectiva de ese anciano por su nieto, quien respondía con cariño inusitado. Ese viejo necesitó muchas veces confiarle algo. Un algo que jamás encontró resquicio para ser hablado. Ese hombre calló una y otra vez. Calló y sufrió.

Mordaza propia o prurito interno u obligación impuesta por derecho. Consignas pobres o mandatos fuertes y a callar por siempre. Fuere como fuere... La palabra no fluyó, no emigró. Solo cangrejeó en retroceso mil veces sobre una silenciosa decepción. Tanta expresión ahogada, postergada y falta de aire.

¿Sería esta la oportunidad crepusculosa para que este hombre ya no callase?

–¡Hola Emilio!

–¡Abuelo!

El anciano dijo con satisfacción: –Mi nieto-santo... ¡Qué bueno verte!

Con la naturalidad de no padecer la visita, el muchacho agregó:

–Me encanta venir a verte. Me preocupa que estés solo... Solo y gordo. ¡Ya no caminás! Vivís abriendo la heladera y sin vueltas a sentarte. A leer o a tus vinilos de música apolillada... ¡Campeón de tu maratón sedentaria!

El viejo, feliz por el casi reproche.

–Déjame con mi música apolillada... Tendrías que escuchar más y cuestionar menos... Además no te vendría nada mal darle de comer algo a esos huesuchos tuyos.

El muchacho se fastidia.

–No me provoques, abuelo. Yo estoy bien así. Me preocupa tu mundo. Tan cerrado y acotado.

–Es mi mundo al fin.

–¡Abrite, abuelo!

Esa sola sugerencia, abrirse, disparó en el anciano la necesidad irrenunciable de pedirle lo tantas veces postergado.

–Abrite vos... ¡Llévame!

–¿Llévarte dónde, abuelo? ¿Dónde quisieras ir?

El anciano se afirma en su sillón principal y pide.

–Llévame a Punta Gorda.

–¿Y eso qué es?

–Serás bruto, Emilio. ¡Tan bruto como flaco!

El muchacho no oculta su renovado fastidio.

–¡No empieces, abuelo! ¿Qué es Punta Gorda?

Y el abuelo entiende que es el momento. Llega al fin la chance. Y explicará. Lo explicará como pueda o como lo sienta.

–Es el comienzo de lo dulce antes de lo salado. Lo amplio que se expande. El agua que se agranda. ¡Jamás será salada! El agua que se protege...

El abuelo no oculta su fervor.

–El agua, tu origen y el mío, el de todos, también del amor.

El nieto sigue sin entender.

–No jodas, abuelo... ¿Qué tiene eso de Punta Gorda?

El abuelo impone esmero en su relato.

–Punta Gorda. Allí se unen dos ríos, como dos brazos y dan un tercero y es más ancho. Ya no se juntan con la sal. Nacieron dulces el Uruguay y el Paraná y mueren Dulces del Plata.

–¿Y vos quisieras ir allí? A ese lugar preciso. Y quisieras que te acompañe...

–¡Sí! Pero no ahora... No todavía...

El muchacho, desorientado y con cierta rabia, lo increpa.

–No te entiendo, sigo sin entender... Tres gigantes deciden no salarse, de algún modo no cambiar y vos deseas estar allí...

–¡Sí! Yo y...

Y ese nombre amado tampoco ve la luz. Un silencio denso se vuelve intransferible. Duda entre nombrar a ese alguien o no. Ya no pronuncia nombre alguno. Solo agrega vagamente: –Otros comparten esa decisión...

El joven intenta entender aquellas magras palabras. Observa al anciano con extrema emoción. El joven le tiende un camino.

–Lo decidiste vos y también lo decidieron otra u otro u otros.
¡Encuentro en Punta Gorda!

El viejo llora. Pudo decir a medias y su nieto asimiló a cuartas. Se toman las manos en la plenitud firme de quien ama sin poseer. Se sienten libres...Y el viejo afirma:

–Como los ríos... Algunos mueren dulces, atrapadamente dulces. Lo deciden así. Cautivos. Morir atrapados en dulzor. El Dulce del Plata no lo permitiría. Jamás salarte. Si llegas ahí nunca mueres océano. Eres simple hilo de agua dulce...

El joven vuelve a preguntar, continúa entendiendo a cuartas.

–¿Hablás de encuentros, abuelo?

El hombre mayor se incorpora. Solloza y apenas murmura:

–¡Nada! Hablo de amor...

Emilio ya no es un muchacho flaco. Tiene hijos y cargas, familia y horizonte, agobio y fantasía. Padece la semana, se embriaga en alegría un viernes, desentumece el sábado y lo lapida tanta cerrazón dominguera. Lo llama su propia jaula. Su propia jaula loca. Aquella que todos construimos... A sudor de masticar barrotes y sumar ventanas. Ventanitas pequeñas del color de una margarita. Centro dorado y alas blancas...

Pero Emilio siempre rescató algo. Jamás dejó de sentirse nieto-santo. Santo-nieto por dos...

Voluntad río Paraná

Quiero que me cremen. Que guarden mis cenizas. Y que avisen a Emilio. Que avisen a ese nieto-santo que estoy pronta para viajar a su encuentro. Para ser siempre río dulce y no océano. Encontrar a mi ser amado también ceniza, también dulce, sin salarnos. Una vez que avisen, una vez que Emilio sepa; al río conmigo. Viajo a la deriva. Busco mi amor hecho polvo. Ceniza dulce, no salada...
¡Lo amo!

Emilio: ¡mi santo-nieto! Alguien va a avisarte cuándo. Fue voluntad nuestra. El amor es aún amor más allá de la muerte. Siempre dulces, libres de salarnos. Es mi voluntad. La voluntad de ambos. Me cremas, me creman y me llevas a Punta Gorda. ¡Vuélcame ahí! Ella me aguarda. El monstruo cordial y enorme de agua se encarga de ella y también de mí. Nada cambia. De

allí no nos movemos. Siempre dulce agua. Siempre amor aún en cenizas. ¡La amo!

Testimonio Dulce del Plata

Aquí llegaron. Aquí nunca murieron. Aquí se tocan... Amor dulce y protegido.

Emilio ya oculta definitivamente sus huesos. Los esconde debajo de su tanta grasa y ansiedad. Arrastra su misma jaula loca. Barrotes nuevos con ventanas, ya no ventanitas. Del tamaño del girasol. Ocre centro y alitas amarillentas. La luz lo guía, el gris lo espanta, la noche lo duerme. Algo sigue halagándolo. Jamás deja de sentirse nieto-santo y doble.

Cada tanto, algún domingo, lima otro barrote. Corta una flor y con mil interrogantes se encamina al río de su vida.

¿Por qué? ¿Por qué aquel amor sublime prefirió la distancia a morir salado? ¿Qué convicción tan firme los arrastró a semejante decisión pactada?... ¿Cuánto y por qué se preservaron desde la distancia? ¿Estarán juntos ahora? ¿Se habrán rozado sus cenizas? ¿Podrán reconocerse agua dulce?

Emilio toca el río. Posa su flor cortada sobre el espejo en escapada... Confía en su movimiento suave. ¿Llegará su ofrenda a Punta Gorda? Imagina a su abuelo amado acariciando sus pétalos con ternura húmeda. El río lo ayuda...

¿Pero su abuela? Su abuela nueva... Aquella que nunca conoció. ¿Reconocería ella sus mil margaritas y sus cientos de girasoles soleados?

Flores todas, flores lentas. Con memoria dulce y silueta pobre.

Índice

Fin de la noche

Ramón Machado

Primer Premio, 7

La asamblea

Julio Villarreal

Segundo Premio, 13

Carta al amanecer

Ramón Machado

Tercer premio, 19

El zambo aguatero

Luis Alonso

Mención, 25

La libertad ha muerto

Guillermo Bertullo Santillán

Mención, 30

Punta Gorda

Carlos Thomas

Mención, 50